

# Gabriela Mistral: Una mujer, una maestra, una poeta, un país

Gilda Waldman M.

EN UNO DE SUS MÁS CONOCIDOS y bellos poemas para niños, Gabriela Mistral escribía:

*Todas íbamos a ser reinas,  
De cuatro reinos sobre el mar:  
Rosalia con Ifigenia  
Y Lucila con Soledad*

(Mistral, 1994, p.15)..

Lucila Godoy Alcayaga, quien adoptara como nombre literario el de Gabriela Mistral, fue reina una tarde de diciembre de 1945, día en que recibiera de manos del rey de Suecia, Gustavo V, el premio Nobel de Literatura. Fue princesa, quizá, en otras ocasiones. Cuando, por ejemplo, José Vasconcelos, entonces Ministro de Educación, la invita en 1922 a trabajar a México para colaborar en la reforma de la enseñanza y en la fundación y organización de bibliotecas populares, a partir del extenso trabajo realizado a lo largo y ancho de su país natal, Chile. Quizá también cuando en 1928 el Consejo de la Liga de las Naciones le ofrece un cargo en el Consejo Administrativo del Instituto Cinematográfico Educativo en Roma, o cuando fue nombrada cónsul de Chile en Madrid, Lisboa, Brasil, Nápoles o Los Angeles, o cuando fue Profesora Visitante en numerosas Universidades de Estados Unidos y América Latina, o cuando no había duda que ella -nacida en 1889 en un pequeño pueblo del norte de Chile, hija de un profesor rural que abandonó a su familia cuando Lucila tenía tres años, y quien tuvo que dedicarse al magisterio como única forma de vida- era ya una celebridad internacional.

Pero no fue una reina en su país natal, al menos no en vida. Ella misma diría: “*Chile es el país que menos me*

*conoce...y el que menos me lee*”. Teitelboim, 1996, p. 346). De hecho, su primer libro, *Desolación* –que contenía los *Sonetos de la muerte* galardonados con el Primer Premio en los Juegos Florales de 1914- fue publicado en Nueva York en 1922; el segundo, *Ternura*, fue publicado en 1924 en España; el tercero, *Tala*, apareció en Argentina en 1938, a instancias de Victoria Ocampo. Sólo *Lagar*, su último libro de poemas publicado en vida, vio la luz en Chile en 1954, después de que tres años antes le fuera concedido el Premio Nacional de Literatura. En Chile, el momento de mayor apoteosis para Gabriela Mistral ocurrió a su muerte, en enero de 1957: se decretaron funerales nacionales (para quien no había querido morir en Chile), se veló en la Casa Central de la Universidad de Chile (a la poeta que toda su vida resintió que no pudo seguir una carrera literaria en Chile), y sonaron las bandas militares cuando fue sepultada en Montegrande, (el pueblito de su infancia) “*en una tumba que pronto conocería el abandono*” (Teitelboim, 1996, p. 346). Para Gabriela Mistral, Chile era el país que la había desheredado, maltratado e incomprendido, pero cuyos paisajes geográficos y humanos transportó consigo a lo largo de una larga vida itinerante y vagabunda. Para Chile, Gabriela Mistral fue una figura que, por la atracción y rechazo que generaba, fue oscurecida en la difusión de su enorme obra en prosa y privilegiada fundamentalmente en su poesía para niños, hasta el momento de una actual revaloración que se traduce en la proliferación de textos de y sobre ella y su obra. Gabriela Mistral y Chile, Chile y Gabriela Mistral: una relación contradictoria y paradójica, simbolizada probablemente en el hecho de que su autoexilio voluntario sea la otra cara de la moneda de un

país que, si bien hospitalario y protector de los perseguidos (“el asilo contra la opresión” consagrado en el mito republicano) también ha sabido deshacerse de los suyos con más asiduidad de la que quisiéramos creer.

Voluntariosa e íntegra, violenta y violentada, dolorida y ardiente, desbordante y solitaria, dulce y distante, apasionada y enigmática, Gabriela Mistral fue, en sí misma, un mar de contradicciones. Alguien muy cercano a ella la describía así: *“Un rostro de facciones netas, bien diseñadas, frente grande y nariz fuerte. Ojos muy hermosos que todo el mundo ha llamado verdes, pero que ella en su memoria ve grises verdosos. Tenía porte imponente, un aire engañosamente tranquilo, la palabra fácil y el tono justo. Irradiaba una calma (Pero) Libranos, Señor, de esas aguas mansas, porque era puro temperamento!”* (Teitelboim, 1996, p. 321).

No resulta irónico, entonces, que las contradicciones aparezcan desde su propia biografía. Si bien incluso en vida fueron muchos los libros que se escribieron sobre ella, Gabriela Mistral confesaría, pocos años de morir, que la casi totalidad de estas versiones estaban llena de errores: *“...Cada cual ha escrito mi biografía a su manera y casi todas están llenas de errores. Los biógrafos insisten en mencionar el pueblo de Vicuña asociado a mi nombre, y hasta se ha puesto una placa conmemorativa en una casa. Sin embargo, la casa en que yo nací no existe ya. Yo misma la ví caída en el suelo”*. (Entrevista de Lenka Franulic, en Cecilia García-Huidobro, 2005). Y agrega que incluso la leyenda asociada a los *Sonetos de la muerte*, supuestamente escritos en memoria de su novio Rogelio Urueta, un trabajador ferrocarrilero que se suicida muy joven, es falsa: *“Yo no tuve nada que ver con su suicidio”*

Matilde Pomez, quien la describiera en el párrafo anteriormente señalado, escribía también: *“Era muy mujer, en un sentido maternal”*. (Teitelboim, 1996, p. 321). Convertida por el discurso público en la esencia de la Maestra de Chile y en el de la Madre santa y sufriente de todos los niños del país, la propia Mistral promovió este discurso que reforzaba el rol femenino tradicional, pero en un momento en el que, paradójicamente, el Estado alentaba la incorporación de la mujer al trabajo, en el marco del proceso de modernización nacional iniciado en Chile desde los primeros años del siglo XX. Ciertamente, en este proceso la educación jugaba un papel clave, al tiempo que “la maestra” no sólo transmitía el proyecto liberal de homogeneización cultural sino que aparecía como representación o símbolo de los valores nacionales. Pero simultáneamente, si bien a través de la profesión de maestras miles de mujeres se

incorporaron al mercado de trabajo y ello constituyó una forma de emancipación.-en una época de incipiente feminismo- el hogar, la familia y la maternidad conservaban un papel central como fuente de la identidad femenina. En esta línea, si bien Gabriela Mistral colaboró con el discurso estatal asumiendo el imperativo de aparecer como alguien que se había casado con la causa nacional sacrificando la maternidad personal en aras de los niños de la nación, su opción personal fue la no-maternidad. Si bien aceptó el rol asignado de defensora del mundo doméstico y familiar como campo de acción propia de la mujer, ella no tuvo una familia convencional y su vida privada fue ajena a las normas sociales. Si bien no fue femenina en el sentido más tradicional, tampoco hay pruebas fehacientes de lesbianismo: aunque existen dudas sobre la veracidad de su romance con el también poeta chileno Manuel Magallanes Moure, hasta la fecha no se conocen diarios ni confesiones sexuales sobre una posible homosexualidad. Por otra parte, si bien la Mistral aceptó ser el símbolo de la Maestra Chilena, años más tarde confesaría que las labores docentes la agobiaban y aburrían, y eran sólo un medio para ganarse la vida, pues su verdadera vocación era la poesía. Si bien sus poemas infantiles son conmovedores, está excluidos de ellos la figura paterna y el mundo social, algo extraño en una mujer que vivió la mayor parte de su vida no sólo entre bibliotecas, sino en un mundo público rodeada de hombres. ¿Maestra de la nación, entonces, cuando su vocación real era la poesía? ¿Madre de la nación, una mujer que no tuvo hijos biológicos, que vivió siempre rodeada de mujeres, y que destellaba un ambiguo resplandor viril?

Pero Chile también es un país surcado por ambivalencias y contradicciones. La de ellas la constituye, por ejemplo, el mito de la “excepcionalidad”, misma que ha jugado un papel central en la construcción de la historia y la identidad de la nación. Proveniente de la época de la Colonia, y justificado entonces por la permanente guerra contra los mapuches y por la lejanía territorial que no resistía comparación con los grandes centros virreinales como México o Perú, la “excepcionalidad” se convirtió, desde la Independencia, en blasón de orgullo ante el mundo, a pesar de la pobreza del país.. Diversas fueron las vertientes del mito de la “excepcionalidad” (que convertirían a Chile en la “República modelo” en Latinoamérica) aunque tras cada una ellas estuvieran presentes la negación y la desmemoria. Así, por ejemplo, tras la idea de “civilidad” se ocultaba, entre otras cosas, la “violencia sacrificial” de los cuerpos martirizados de araucanos y españoles durante la Conquista, las cruentas

guerras contra Perú y Bolivia durante el siglo XIX o las masacres obreras de las primeras décadas del siglo XX. Tras la noción de “estabilidad” se olvidaba que los militares no habían sido históricamente ajenos a intervenir de manera periódica en la vida política y en el gobierno del país.<sup>1</sup> Tras la imagen de “democracia institucional”, no se consideraba el carácter oligárquico de la sociedad chilena, al menos hasta la primera mitad del siglo XX. Tras la noción de “solidez política”, no se querían reconocer las tendencias autoritarias presentes en el país desde principios del siglo XIX. Tras el principio de “adhesión a la norma,” se olvidaba la falta de voluntad para aplicar la ley, aun cuando no se cuestionara su legitimidad y validez. Tras los valores republicanos de libertad e igualdad y las formas republicanas de gobierno inspiradas en el modelo enciclopedista europeo, se dejaba de lado el sello estamental y excluyente de la sociedad chilena. (Moulian, 1997; Portales, 2004).

Cuando Gabriela Mistral nace, en abril de 1889, Chile era todavía una sociedad tradicional, de orden señorial rural y jerárquico. En 1914, cuando ella irrumpe literariamente a contar de su triunfo en los Juegos Florales de Santiago, comenzaban a consolidarse los grupos medios en el espacio social con creciente injerencia en la esfera política y cultural. Cuando muere, en 1957, era innegable el ascenso de nuevos actores sociales a sitios de poder. Sin embargo, Gabriela Mistral no quiere ni vivir ni morir en Chile (a diferencia, por ejemplo, de poetas como Huidobro, De Rokha, o Neruda). En uno de sus más hermosos poemas, *La extranjera*, escribe (hablando de sí misma en tercera persona):

Habla con dejo de sus mares bárbaros  
 Con no sé qué algas y no sé qué arenas:  
 Reza oración a dios sin bulto y peso,  
 Envejecida como si muriera.  
 En huerto nuestro que nos hizo extraño,  
 Ha puesto cactus y zarpadas hierbas.  
 Alienta del resuello del desierto  
 Y ha amado con pasión de que blanquea,  
 Que nunca cuenta y que si os contase  
 Sería como el mapa de otra estrella.  
 Vivirá entre nosotros ochenta años  
 Pero siempre será como si llega,  
 Hablando lengua que jadea y gime  
 Y que le entienden sólo bestezuelas.  
 Y va a morirse en medio de nosotros,  
 En una noche en la que más padezca,  
 Con sólo su destino por almohada,  
 De una muerte callada y extranjera.

(Mistral, 1954, p.141).

Pero si Gabriel Mistral deseaba marcar un corte con su país, también Chile hace, en cierto momento de su historia, un corte con su propio pasado. En 1992 el gobierno democrático que había asumido el poder en 1990 enviaba un iceberg a la Exposición Internacional de Sevilla, no sólo como símbolo del optimismo modernizante cimentado en los (supuestos) triunfos económicos de la década de los 80s o para dejar en claro el (supuesto) corte histórico con el pasado traumático de la dictadura militar, sino también como una expresión más del “blanqueamiento” de un país que se rehusaba a reconocer su raíz indígena y mestiza, de la que Gabriel Mistral se sentía tan orgullosa.

El gobierno militar borró su nombre del edificio de la UNCTAD y reprodujo su imagen en los billetes de cinco mil pesos. Pero hoy, parafraseando los primeros versos del primero de sus *Sonetos de la Muerte*, Gabriela Mistral sale del nicho helado en que los chilenos la pusieron durante décadas. Su obra, prosa y poesía, se re-lee una y otra vez, y Lucila se convierte en Gabriela sin dejar de ser la Lucila que, junto con Soledad

.....hablaba a río  
 a montaña y cañaverl,  
 en las lunas de la locura,  
 recibió reino de verdad •

#### Nota

<sup>1</sup>Recuérdese, por ejemplo, que fueron oficiales del ejército quienes lideraron al país en las tres primeras décadas después de la independencia, o que desde 1891 hubo varias intervenciones militares, como la de 1924, por ejemplo, que desestabilizó el sistema político hasta 1932.

#### Bibliografía

- Correa, Sofía (y otros): *Historia del siglo XX chileno. Balance paradójico*, Santiago, editorial Sudamericana, 2001
- Fiol-Matta, Licia: *A Queer Mother for the Nation*, Minneapolis-London, University of Minnesota Press, 2002.
- Mistral, Gabriela: *Desolación y otros poemas*, Barcelona, Ediciones Orbis, 1954.
- Poesía infantil*, Chile, editorial Andrés Bello, 1994.
- Moulian, Tomás: *Chile actual: anatomía de un mito*, Santiago, LOM ediciones, 1997.
- Portales, Felipe: *Los mitos de la democracia chilena. Desde la conquista hasta 1925*, Santiago, Catalonia, 2004.
- Teitelboim, Volodia: *Gabriela Mistral. Pública y secreta*, Santiago, Editorial Sudamericana, 1996.

GILDA WALDMAN es socióloga y profesora-investigadora adscrita a la FCPyS-UNAM. Correo electrónico: waldman99@yahoo.com